

José Pascual Buxó, *El resplandor intelectual de las imágenes. Estudios de emblemática y literatura novohispana*, México, Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002, 298 p. (Col. Estudios de Cultura Iberoamericana Colonial).

Profundo y sapiente análisis de aspectos literarios fundamentales para la comprensión del pasado colonial es lo que el lector encuentra en el libro del estimado y admirado humanista, José Pascual Buxó. Recalco el calificativo que le he dado porque nuestro profesor e investigador universitario lo es por sus varios intereses, prácticas y disciplinas, y otras razones más: por su empeñoso estudio y dedicación, su sabiduría y generosidad para compartirla, su amor a las letras y a todas las manifestaciones humanas en los diferentes ámbitos de la cultura, por sus capacidades de investigador, sus méritos de hombre de pensamiento y su fecundo magisterio universitario. Pero, sobre todo, por esta obra que hace gala de profunda penetración y erudición, baluartes del humanismo, como se estimaba en el pasado y como se entiende hoy.

*El resplandor intelectual de las imágenes. Estudios de emblemática y literatura novohispana* es un regalo de José Pascual Buxó en la plenitud de su capacidad creadora, en la madurez de su inteligencia. Se trata de una serie de ensayos, ahora compilados en un magnífico volumen que viene a sumarse a la larga y fructífera lista de trabajos que han salido de su ingente pluma. Baste mencionar *Las figuraciones del sentido. Ensayos de poética semiológica* (1984) y *Sor Juana Inés de la Cruz: amor y conocimiento* (1996), por citar sólo algunos.

A todo lo largo de su cuantiosa y rica obra interpretativa, conceptual, y que se corona con la investigación que ha salido ahora de las prensas universitarias, José Pascual Buxó ha querido desen-

trañar la génesis de algunas ideas o conceptos que fueron utilizados por los pensadores, poetas, artistas —intelectuales en general— en la Nueva España.

Un singular género de impresos (relaciones conmemorativas, cuadernos de honras, sermones, asuntos reales, poemas, textos variados) proliferó en el ámbito de la monarquía hispana a lo largo de la Edad Moderna. No estaban solamente determinados por una voluntad lingüística, discursiva, sino que aspiraban a alcanzar un registro icónico al presentarse como libros con figuras, alojando en su interior, mediante el arte del grabado —o de su transcripción discursiva: la écfrasis (o registro de descripción de obras plásticas)— una dimensión artística, persuasiva y, sobre todo, eficaz que daba cuenta del acontecimiento público. Estos textos mantenían una relación determinante con la política y la confesionalidad de la sociedad, mostrando cómo se dominan en clave simbólica, el espacio y el tiempo público.<sup>1</sup>

Es de notarse la pulcritud en el análisis de los textos que ha seleccionado nuestro autor, así como el cuidado de la expresión escrita. Su obra exhibe una rica formación de lingüista y una amplia preparación histórica y filosófica.

Presas por muchos años la conciencia literaria, filosófica e historiográfica mexicana de una dictadura antibarroca —por suponer que los alegoristas y pensadores en el espacio hispano deshacían la concepción de una razón humana que podía operar en el mundo sin fundamentos teleológicos— se ha liberado por fortuna del peso de los prejuicios, gracias a este tipo de trabajos que desentrañan y justiprecian el mundo hispánico (y empleo el gentilicio por lo que tiene de identificación con lo propio), acción previa para el conocimiento y la comprensión de la conciencia novohispana. Rompamos, pues, lanzas victoriosas contra el insidioso desprestigio con que la Ilustración negó ferozmente, en términos absolutos, la visión del mundo que se forjó en la era colonial durante tres siglos —que no fueron pocos—, visión teúrgica, alegórica, simbólica. *El resplandor intelectual de las imágenes* viene a recordarnos que todavía estamos en deuda espiritual y material con el dechado colonial y, más aún, con su otro tipo de tradición representativa. La lectura descubre una

<sup>1</sup> Fernando de la Flor, *Barroco. Representación e ideología en el mundo hispánico*, Madrid, Ed. Cátedra, 2002, p. 167.

de nuestras raíces formativas, no importa cuán alejados u olvidados nos hallemos, supuestamente, de esas vivencias religiosas, teológicas, políticas, éticas y estéticas. La obra, de excelente prosa y calidad, está dirigida —como también lo estaban los textos del siglo XVII aquí interpretados— al núcleo intelectual, por la complicación propia de las ideas expuestas y del lenguaje especializado. ¡Y cómo no iba a estarlo!, pues al decir de Fernando de la Flor, otro autor especializado en la producción simbólica en la era del Barroco, en aquel tiempo “el mundo, tal y como se presenta a los sentidos, era elevado a la categoría de jeroglífico”.<sup>2</sup>

Quizá pudiera parecer a muchos que el libro se trata de una serie de ensayos acerca de la naturaleza semiótica del arte emblemático, es decir, de aquella clase de textos fundados en la relación entre la imagen visual y la palabra. Esto es sin duda cierto, empero, una vez develada por la magia de la imprenta y puesta al alcance de un público con una disposición personal y subjetiva, la obra ha cobrado vida propia y, pues, cada lector puede encontrar en ella nuevos elementos de significación. El autor ha sabido extraer, articular, sintetizar y analizar la manera de evocar platónicamente, reminiscentemente la *summa* de la conciencia en la época virreinal. Así, José Pascual Buxó nos expone el sentido de los textos por él analizados, encaminados a la transmisión ideológica en la época, adornados por sus aspectos mítico-poéticos y retórico-persuasivos. Sin embargo, el trabajo que hoy presentamos se sustrae de los embelesos fascinadores y persuasivos del género, para restaurar en él la verdad de su evidencia: síntesis interpretativa de lo que son los ejes de poder simbólico que recorre la cultura.

El mensaje estético, artístico, moral, histórico de estas formas de expresión queda revelado y dispuesto para una auténtica comprensión valorativa de las mismas. Nos permite a los interesados descubrir así su íntima esencia, su finalidad.

Para el historiador del pensamiento, esta obra es un punto de partida para rastrear el proceso histórico de las ideas. Ya lo dice el propio autor cuando explica que su estudio se basa en detectar “la presencia de una imagen gráfica como condición necesaria para la cabal manifestación de una idea” (p. 32). Al desentrañar el conte-

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 101.

nido de las ideas —desde el punto de vista de la crítica literaria— ha perfilado otra tarea, que ha sido la de reconstruir el proceso histórico de dichas ideas o conceptos. Para descubrir las formas culturales del pasado colonial es menester abrirse paso a todas las perspectivas posibles que nos permitan la reconstrucción coherente de ese mundo fascinante, aunque complejo. *Alia tentanda via est. At spes non facta* (hay que intentar otra vía, puesto que la esperanza no está perdida).

Sin duda, el autor de la obra que motiva ahora nuestras reflexiones críticas desentraña contenidos constitutivos del barroco colonial, lo que aparece vertido en una bella edición. Nos propone, a manera de consigna y signo, descifrar —para poder llegar a entender como imperiosa necesidad— los juegos de imágenes inmersos en la sólida concepción católica y a la vez humanística de los intelectuales novohispanos. En el siglo XVII, nuevamente al decir de Fernando de la Flor, “el régimen de lo imaginario y lo simbólico dio verdaderamente entonces sus frutos más ambiguos, plurales y sofisticados”.<sup>3</sup>

Podemos aprehender el mundo por la vía lógica, por la ética o por la estética. Pascual Buxó estudia minuciosamente el lenguaje emblemático y sus formas de representación (capítulo I). Es ésta una manera de penetrar en la realidad que reúne los tres accesos necesarios. Las deducciones sólo se manifiestan al descubrirse el mensaje simbólico intrínseco en éste. El autor recalca el interés en el aspecto icónico de los textos en el siglo XVII y la reunión expresa de la imagen visual con la imagen verbal del pensamiento. Así, extraijo del propio autor la siguiente cita: “Relacionadas con las palabras, las imágenes dejan de ser un cuerpo inerte para adquirir nuevas formas significativas” (p. 26). El jeroglífico se dirige a un destinatario ya iniciado en su desciframiento y, por ende, capaz de descubrir, basado en su propia competencia simbólica, el contenido sapiencial que debe ser ocultado al vulgo y, por eso mismo, transmitido a través de textos herméticos” (p. 51).

Al estudiar con tanta profundidad el lenguaje emblemático, José Pascual Buxó cultiva con amor nuestra lengua y nos muestra que allí yace un extraordinario mensaje que despierta y aviva el conocimiento histórico; constituye un instrumento intelectual poderoso para tomar conciencia de la expresión en la era colonial. Para el autor, “un complejo discurso cultural subyace”, en el que se aseguraba

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 26.

e intensificaba la identidad y se perfilaba la peculiar forma de ser: “todo ha de pasar por la palabra y terminar en la palabra” (p. 43).

El autor ha revelado la importancia de los emblemas de Andrea Alciato para la Nueva España (capítulo II). Las imágenes recreadas por el sabio boloñés tuvieron una gran significación y fueron modelos del humanismo europeo que inspiraron a la elite, interesada, a su vez, en transmitir un mensaje (capítulos III al IV). Los emblemas se aprovecharon para la labor misionera, en las obras poéticas y arquitectónicas así como en toda índole de manifestaciones vitales, “acontecimientos civiles o religiosos que alegraban o conmovían a la sociedad virreinal”.

José Pascual Buxó va desentrañando minuciosamente las enigmáticas combinaciones de imágenes y palabras presentes en los modelos discursivos, descifrando la “exégesis ideológica” que compete a ellos.

Es este libro un intensivo estudio de varios años, amén de que revela un entusiasmo y admiración profesional por aquella gran dama de la poesía colonial que fue sor Juana Inés de la Cruz, figura sabia en extremo, que ha encontrado en su no menos sapiente recreador la consagración más definitiva y más merecida que podría pensarse. Ahora la aborda aquí como conocedora de las tradiciones emblemáticas y “perspicaz teórica de ese exitoso género icónico-verbal”.

El capítulo V sobre el *Primero sueño* de sor Juana es quizá el mejor del libro. Ahí el autor analiza con gran conocimiento la función y el significado de las imágenes y especialmente de las figuras mitológicas en este famoso poema sorjuaniano.

La palabra latina *somnium*, representación de sucesos imaginados durante el sueño, que no *somnus*, que significa “acto de dormir”, es procreadora aquí de distintas imágenes. El autor claramente propone que el poema de sor Juana no se refiere al hecho físico de dormir; nos lleva a una excursión por las imágenes soñadas o imaginadas con las que proyecta una herencia cultural que le antecede y le conforma.

Pascual Buxó rastrea en la erudición clásica las bases imaginativas de la obra de la monja jerónima y no deja de revisar ni uno solo de sus antecedentes intelectuales. Para él —y creo que en ello radica una de las tesis más importantes del libro— *Primero sueño* no revela, como quisieron ver algunos críticos, un verdadero proceso de

autoanálisis, sino “el nítido y vasto mundo imaginario de la erudición clásica desplegado espectacularmente, como requería la fastuosa estética del barroco culterano” (p. 210). Así, el lector ve en los clásicos y su enlace con el renacimiento un puente comunicante al rico humanismo novohispano, manifiesto en diversas tendencias.

A través de sor Juana y de otros humanistas neoplatónicos y singulares personalidades del mundo colonial se nos muestra cómo la erudición clásica y renacentista tuvo que atemperarse y adecuarse a los principios religiosos y teológicos. El mensaje estético iba dirigido a una clase intelectual o culta. Lo intrincado del asunto seduce aún más a cualquier lector pues así se penetra en el mundo moral, político y religioso de la Nueva España; es a saber, a nuestra historia.

En su sexto capítulo, Pascual Buxó nos recuerda el mérito indudable de Sigüenza y Góngora. Comenta sobre el género discursivo de la *ekphrasis* al que pertenece su obra *Triunfo parténico* y el adeudo contraído con la llamada relación de festejos que animó, en parte, la concepción de la misma. Destaca el desconocimiento de los fundamentos teológicos, alegóricos y literarios del libro, si no se tienen presentes sus paradigmas estético-ideológicos.

El juicio sobre las fuentes iconográficas de los programas de la decoración del Santuario de Atotonilco (cap. VII), que precisó de modelos cultos para su concepción, es también esclarecedor. Los pasajes bíblicos plásticamente representados eran acompañados de textos didascálicos que harían las tareas exegéticas correspondientes para la meditación piadosa.

Enumerar ahora otros aciertos de la obra de José Pascual Buxó sería en extremo prolijo; mas basta echar una ojeada al índice general, que da la temática capitular y las subdivisiones de cada sección, las ilustraciones, así como el rico y enjundioso contenido que acusan por parte de Pascual Buxó una atención sostenida y agotadora.

Mejor aún aconsejo realizar la propia lectura de la extensa y sustancial obra para intuir y comprobar que éste es uno de los mejores trabajos sobre la significación de los mensajes intrínsecos en las imágenes y en los textos novohispanos. En él parece que el autor declara que nuestra sensibilidad barroca, que la manera de ser mexicana, que nuestro espíritu y nuestra idiosincrasia se expresan en el rebuscamiento, en la alegoría, en la teatralidad religiosa y en la exuberancia barrocas; y sabemos muy bien que el barroco —el también llamado arte de la Contrarreforma— poseyó asimismo y prestamen-

te una adecuada reglamentación canónica que no impidió, sino que antes bien favoreció la interpretación de este arte de expresión durante tres siglos.

José Pascual Buxó ha mencionado en su libro “el lento y dubitativo pasaje de una mentalidad a otra”. En efecto, los estilos cambian cuando surge la necesidad de cambiarlos; cuando una nueva sensibilidad estética brota necesariamente por agotamiento de la anterior; cuando algo ya no puede dar más de sí, tal como ocurrió con el barroco. Un estilo perdura en tanto que la sensibilidad estética de la sociedad no se sienta sacudida por un instintivo, impulsivo e irrefrenable deseo de transformación. Empero, parece ser una constante de la historia que los hijos, como ha sido dicho, combatan las ideas de los padres utilizando las de los abuelos. Así, volviendo a las palabras del autor, “los rasgos culturales de un tiempo histórico permanecen aún bajo las novedades del que se inicia” (p. 126). Recuperarlos, conocerlos, saberlos y asumirlos abre el conocimiento de los códigos culturales novohispanos y nos permite su comprensión. La metafísica hispana, el gusto por trascenderlo todo hacia un orden alegórico típico del pensamiento contrarreformista, tiene en esta empresa de articulación que significa *El resplandor intelectual de las imágenes* su justo nivel de análisis en nuestros tiempos.

Algunos, parece, hemos comenzado a liquidar el compromiso al hacer nuestro el pasado colonial. Estos libros renovadores, que constituyen un hito —en el área de investigación humanística— favorecen el intercambio entre estudiosos y nos producen la necesidad de meditar sobre el gran programa cultural que animó la vida virreinal. Comprendamos, pues, que nuestro futuro histórico está ligado al mejor entendimiento de nuestro pasado conformativo.

Alicia MAYER

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM